



Titiriteros e iniciativa política. O cómo se perderá el Ayuntamiento de Madrid

Domingo 7 de febrero de 2016. [Nodo50](#)

Fuente: [Contraparte](#)

Por Emmanuel Rodríguez

Multitud de niños se arremolinan ante un espectáculo de cahiporras y bolas de trapo. Son títeres y según la tradición medieval hay buenos, malos, golpes y parodias de todo tipo. Es Carnaval ese momento donde hasta hace unos años el orden, y con ello nuestra particular y ramplona versión de lo “políticamente correcto”, quedaba en suspenso.

Los niños son vigilados atentamente por unas decenas de padres. La obra toma un curso que a algunos disgusta. En vez de una bruja o un ogro, quien resulta ahorcado es una autoridad, y en vez de restituir no se sabe bien que armonía medieval se invita a ocupar y a pinchar suministros cuando no se tiene vivienda. Un poco más al Sur, se escuchan estos días chirigotas bastante más ofensivas, y por cierto también para “todos los públicos”.

Lo que para algunos papis colma el vaso es que al final de la obra aparece una pancarta con el rótulo “Gora Alka-Eta”. La pancarta era puesta por una bola de trapo que representaba a un policía, al lado de otra bola de trapo que representaba a un activista. Con ello los actores del teatrillo querían a hacer una denuncia explícita de una práctica policial no tan inhabitual: la incriminación de todo lo que huele a radical poniéndole el sanbenito de terrorista. Véanse los largos años de gobierno-oposición del PP, o las operaciones Piñata y Pandora.

Para algunos papis y mamis, la palabra ETA traspasa la frontera de lo tolerable. Pero en lugar de coger a su nene y marcharse a comprar unos churros o unas castañas para pasar el disgusto, deciden afirmarse como ciudadanos vigilantes. Llaman a la policía. Aparecen las fuerza de orden y recogen la denuncia de los padres: “enaltecimiento del terrorismo”, con todas las letras (nivelón). Quizás sea la primera vez, desde los tiempos del Generalísimo, que se llevan a alguien por representar unos títeres de cachiporra. Algún día habrá que preguntarse que significa ser papi-mami en los comienzos del siglo XXI. Seguramente nada bueno para la psicología y la personalidad de sus vástagos.

Lo mejor sucede a partir de ese momento. El periódico prototipo de seriedad informativa e imparcialidad, El País recoge la noticia sin contexto alguno. Simplemente escribe que en la obra aparece la pancarta “Gora Alka-Eta”. Le sigue ABC que añade que el “alka” no tiene significado en euskera pero que podría ser una referencia a Al-Qaeda. El “círculo del mal” se cierra. Después, El Español en su primer titular escribe sobre la detención de dos “títeres”, metáfora no querida de una astracanada: los detenidos (nótese bien) serían dos bolas de trapo. Las apuestas se elevan. El lobby neocon, la ahora llamada “caverna”, se pone en marcha. Y consigue que “Gora ETA” sea Trending Topic en twitter. Paradojas del momento presente.

No se pierdan el final. El Ayuntamiento, por su parte, en lugar de defender que se trata de una obra de ficción y denunciar el abuso de las detenciones (algo inaceptable en todo caso), se asusta. Estamos demasiado aburridos de los sustos de este Ayuntamiento. Y emite una nota de “retratación” en la que aparte de pedir perdón, se suma a no se sabe bien que acusación: ¿daño moral a menores por una obra de mayores? Afortunadamente retira después la nota, parece que va a primar el sentido común, y todo va a quedar en una rescisión de contrato.

En apenas unas horas, hemos asistido a una típica guerra cultural saldada con notable daño para el Ayuntamiento y poco esfuerzo para los media neocon. Hoy por hoy, para aguerristas y losantianos nada resulta más fácil que aprovechar los

minios motivos de las “cultural wars” (unos tweets, unas tetas, una placa, unas bolas de trapo) para poner contra las cuerdas a un consistorio achantado y sin iniciativa. Sobra decir, que su contraparte, Carmena al frente, piensa que basta con cuatro pildoritas y ocurrencias progres para contentar a la audiencia.

Mientras, el tiempo pasa. La auditoría de la deuda se realiza a cuentagotas. Los avances en materia de vivienda apenas pasan de lo cosmético. Las remunicipalizaciones se esfuman de la agenda. Se aceptan las operaciones Mahou-Calderón, Canalejas, y a buen seguro tramos del macro proyecto Chamartín. En definitiva, se cede progresivamente en todo lo que haya que ceder frente a los chantajes más evidentes de la oligarquía política y económica.

Conclusión: hegemonía cultural no es gustar a todo el mundo. No es tirar, de nuevo, de imaginario progre y esperar a que la atmósfera cambie para realizar las reformas prometidas por el “Ayuntamiento del cambio”. Hegemonía es crear condiciones materiales capaces de sostener y apoyar transformaciones reales. Consiste en crear adhesiones a través de la remunicipalización de servicios, la democratización efectiva de la institución y la apertura de la discusión pública de todo aquello que tenga relevancia en la vida del ayuntamiento. Y consiste también en poner en la picota por corrupción, prevaricación y nepotismo a la clase política madrileña y sus empresarios aliados que han gobernado el ayuntamiento durante 25 años.

Caso de no asumir estas reformas y la confrontación que ello conlleva, ese mismo enfrentamiento tomará los ropajes “culturales” que hoy conocemos. Es una batalla perdida. Estamos ante verdaderos especialistas de la guerra cultural: una nueva derecha (neocon) que ha practicado y teorizado activamente las fórmulas y los resultados de este tipo de conflicto. Y así tras una larga secuencia de escándalos artificiales y un largo rosario de cadáveres políticos, a la postre lo que se perderá es la oportunidad de cambiar el gobierno (real) de Madrid.



Paradoja criminal

Martes 9 de febrero de 2016. [Nodo50](#)

Por Santiago Alba Rico

Una obra de títeres que denuncia la criminalización política interesada es objeto inmediato de una criminalización política interesada cuyo destinatario real es el Ayuntamiento de Carmena, el cual, en lugar de solidarizarse con los mensajeros injustamente criminalizados, ahora en la cárcel, intenta descriminalizarse criminalizando también a las víctimas, con lo que sólo consigue parecerse a los criminalizadores, y ello de una manera tal que, sin rehabilitarse a los ojos de los que no pararán hasta restablecer el antiguo régimen en el Ayuntamiento, se deslegitiman a los ojos de quienes tenemos que sostenerlos allí.

Puede que la obra fuera mala y demagógica (no la he visto) y además inadecuada para niños; y si este es el caso habrá que reprochar a los responsables municipales que, en una situación tan delicada, con tantas cosas en juego, hayan sido tan poco cuidadosos y previsores. No había por qué contratarlos y, desde luego, una vez contratados, habría sido bueno advertir que se trataba de una pieza para adultos. Pero justificar o no denunciar ahora este intolerable atropello contra la libertad de ficción supone declararse derrotado en el único espacio real -el de los derechos civiles y culturales- donde somos más fuertes que ellos. De momento hay dos personas en prisión incondicional (¡prisión incondicional!) por haber exhibido, en el contexto de una ficción teatral, una pancarta tan absurda que, en su misma explicitud, se autodestruye como cuerpo de delito. Como sabemos, uno de los rasgos definitorios de las dictaduras es el de la literalidad y la oligosemia: el de una práctica punitiva que ignora la diferencia entre realidad y ficción, entre política y arte, para castigar frases aisladas y sin contexto (atribuidas a intenciones prejuiciosamente penalizadas).

En los años 80 escribí los guiones de la bruja Avería, que se emitían en un programa infantil en la 1ª cadena de TVE y en los que este malvado y divertido personaje no dejaba de reivindicar la dinamita, la nitroglicerina y las explosiones nucleares. Al parecer empezamos la segunda transición con menos libertades y menos coraje. No conozco a los titiriteros encarcelados y no siento ninguna admiración por ellos; ni siquiera estoy seguro de que su pieza teatral me gustara. Pero como autor de los guiones de Los Electroduendes, votante de Ahora Madrid y crítico feroz de la primera transición, no puedo dejar de expresar mi solidaridad con los encarcelados y mi preocupación por estas prácticas criminalizadoras (y nuestra escasa respuesta ante ellas), criminalización de la que la víctima final y verdadera es la sociedad española y sus

deseos y oportunidades de cambio.

Cuatro apuntes y una urgencia sobre el "Gora ALKA-ETA"

Martes 9 de febrero de 2016. [Nodo50](#)

Fuente: [Naiz](#)

Por Alberto Pradilla

Lo único real e inapelable a día de hoy es que dos personas **están en prisión por actuar en una obra de teatro**. No hay más. No puede haberlo. Entre tanto ruido, tantos discursos interesados, tantísima perversión del lenguaje y teatro infame, el **único hecho que se sale dramáticamente de la anécdota es que los dos titiriteros están entre rejas**. Por eso, lo prioritario para cualquier persona decente debería ser denunciar el injusto encarcelamiento y poner todo lo que esté en su mano para que sean rápidamente puestos en libertad.

A partir de ahí sí que podemos entrar a otras cuestiones:

1. El «establishment» no ha asimilado su derrota electoral. Su lógica es que los ayuntamientos del cambio son una anomalía en Matrix. **La estrategia es clara: entramparnos en polémicas estériles y generar una sensación de caos, de que nada funciona, de que todo es improvisación.** Da igual la cabalgata de reyes, la exposición de Abel Azkona en Iruñea o un espectáculo de carnaval. Cuanto más insustancial sea el debate y más banal el caso, mejor. Así se explica que el «show» de los titiriteros haya generado un escándalo en Madrid cuando en Granada, donde gobierna el PP, había pasado sin ningún problema. Da miedo pensar que existe una nada desdeñable parte de la sociedad en Madrid que es capaz de interpretar como «enaltecimiento» una sátira, llamar a la Policía, celebrar el encarcelamiento y considerar que, en última instancia, es Manuela Carmena la responsable. Es el «que vienen los rojos». El ambiente es guerracivilista.

2. Existe un pánico absoluto a confrontar dentro de los denominados «ayuntamientos del cambio». Una parte de la izquierda institucional ha decidido evitar determinados debates para evitar la marginalidad. Si el «sentido común» es conservador ya lo cambiaremos más adelante. **El problema es que, en lugar de esquivar las trampas, lo que hacen ciertos portavoces es ponerse más papistas que el papa y competir con la carcundia en indignación.** Ejemplo fue Carolina Bescansa (Podemos), calificando el asunto de «deplorable y lamentable» sin hacer ni una sola mención al encarcelamiento. O la denuncia del Ayuntamiento de Madrid, que nada tiene que ver con la detención pero que sí echa leña al fuego. Q que la alcaldesa Manuela Carmena, que para más INRI fue magistrada, dedique más tiempo a descalificar a los titiriteros que a denunciar su injusta prisión.

3. Otro sector de la izquierda está contaminado por el síndrome del «te lo dije» o el «todos son iguales». Es como si sintiese un íntimo placer en cada ocasión en la que puede exhibir su pureza inmaculada frente a las contradicciones de quienes se manchan en la política. Daba igual qué se hiciese o no, porque henchidos de irredentismo, siempre echarán mano de algún argumento para convertir en «vendido» o «traidor» a quien hace dos días compartía con ellos barra, pancarta o colectivo.

4. Se cumple la profecía de que la excepcionalidad que se aplicaba en Euskal Herria no solo no se ha desactivado sino que se extiende al Estado. A día de hoy, más de cuatro años después del cese de ETA, hay más casos de «enaltecimiento del terrorismo» en la Audiencia Nacional que cuando la organización armada estaba activa. No obstante, me disgusta la posición de siniestra superioridad moral que en ocasiones se nos escapa cuando comprobamos cómo nuestros vecinos del sur del Ebro se indignan ante las arbitrariedades de su sistema judicial que llevamos décadas padeciendo. Es cierto que, por todo lo que hemos sufrido, los vascos somos muy sensibles hacia estas injusticias. Pero también, creo que **seremos una sociedad más sana cuando no sintamos la necesidad de sacar nuestra lista de agravios en el momento de expresar nuestra solidaridad.**

Mientras que termino el texto veo en La Sexta cómo la simpática presentadora pregunta si la gente ve «proporcionado» que dos titiriteros estén en la cárcel por una actuación. Y pierdo mi fe en esta sociedad enferma y nada tiene demasiado sentido.